



CAPÍTLO 18

PEPE GORRAS

TINA CASANOVA

18 Una tarea macabra



Eso de lijar y barrenar huesos me parece macabro. Al principio me sentía extraño trabajando con Orejotas. Me costaba creer que me hubiese escogido para que le ayudara en el proyecto. ¡Me salvó la vida! Eso sí, tuve buena cuenta de inventar una historia para devolverle la calavera.

—¿Dónde dices que la encontraste? —me pregunta mirándome de reojo.

—En el patio de la casa del dueño del perro —miento.

—Quiero saber quién es el dueño del perro —demanda.

—Ya te dije, no quiero que vayas allá a hacerle daño.

—Bueno —dice resignado—, ya lo averiguaré.
—¡Ujm! —respondo disimulando.

Tener que meter las manos en aquellos huesos mugrosos me dio grima al principio. El olor se me pegaba a la nariz y apenas podía comer. Pero ya me siento muy cómodo. Elvira se ha encargado de que nos saquemos el olor antes de entrar a la casa.

Es una gran suerte que me invitara a hacer el proyecto con él. Dice que no le gusta trabajar con palurdos ni cobardes. Sé que lo dice por los ratas. Me siento en las nubes, pero no digo nada. Orejotas y yo estamos en el garaje de mi casa. No fue fácil convencer a Mami de que nos dejara ocupar el garaje para acomodar los huesos de un perro muerto.

—Me dijiste que tenía que inventarme algo superrápido —protesto.

—Pero no pensé que tu imaginación trabajara a tiempo doble —contesta Mami.

—No fue mi imaginación. Fue la del Orejotas —aclaro.

—¿Pues por qué no en su casa?

—Porque su madre les tiene asco a los huesos.

—¡Ujm! —dice Mami—. Pues yo también les tengo asco.

—Pero soy tu hijo —insisto.

—Solamente por eso —dice Mami y me revuelca el pelo.

Por fin accede a dejarnos utilizar la parte del fondo del garaje. Pero con la condición de que utilicemos una ropa que no entre en la casa con nosotros. También, que utilicemos guantes, máscara y zapatos que tampoco entren en la casa. Y, sobre todo, que al terminar nos lavemos en los lavaderos, y con líquido desinfectante, porque el olor no puede entrar tampoco en la casa.

Ésa es la mejor parte del proyecto. Al finalizar el trabajo del día, el Orejotas y yo la pasamos de lo lindo: con la manguera del patio, nos echamos agua, patinamos en la espuma del desinfectante con que Elvira nos cubre de pies a cabeza, nos tiramos de nalgas y armamos tal escándalo que parece fiesta de playa. Y lo mejor de todo, que nadie nos dice nada, porque es parte de la limpieza.

Desde que comenzamos el proyecto, el problema hasta ahora ha sido el Llorón. Lo único que quiere en la vida es estar con nosotros manoseando los huesos, haciendo preguntas y metiendo las manos donde quiera. Y siempre forma un berrinche porque quiere revolcarse en el agua con

nosotros. Solamente en una ocasión lo dejaron mojarse, y también gozó como loco. Pero Mami puso el grito en el cielo, y ya Elvira se encarga de mantenerlo lejos de nosotros cuando estamos trabajando.

Elvira entra santiguándose al garaje y con la nariz tapada. Nos ha amenazado con tirarnos al camión de la basura con todo y huesos.

—¡Un perro muerto! —exclama siempre—. ¡Válgame la Virgen, un perro muerto!

Tenemos el trabajo casi completo. Llevamos ya tres semanas de lijar y barrenar huesos. Papi nos ayuda en su día libre. Ya casi no ve televisión por ayudarnos, excepto cuando juegan los Criollos.

—Si no ganan el premio, le vendemos el esqueleto a un veterinario —dice riendo a carcajadas.

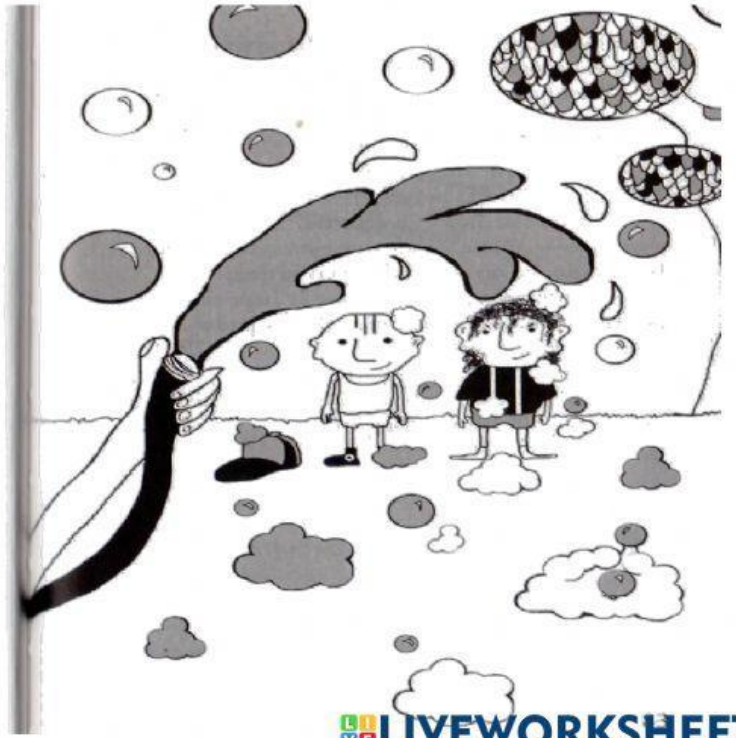
Le gusta vernos trabajar y Orejotas se ha hecho muy amigo de él.

—Es que apenas ve a su padre —comenta luego mi madre compadecida.

—Tampoco a su madre. Trabaja de noche como Papi —digo.

—Sí, creo que es enfermera —responde Elvira.

—Pobrecito muchacho. No es fácil... A esa edad, los muchachos necesitan de sus padres.



Míralo, pobrecito, cómo nos ha cogido cariño.
Si ya no quiere ni irse a su casa.

—Siempre que llega de la escuela está solo
—comento.

—¿Solo? Pero si es un nene.

—Mamá, que tiene diez, como yo.

—¡Pchs! Diez. Un nene —exclama mi madre.

—Es que al lado vive la tía. Y ella lo vigila
—aclaro—. Fíjate, desde que está viniendo a tra-
bajar aquí, ya no es tan rudo en la escuela.

—Amor, nene, amor. Lo que le hace falta a ese
pobre muchacho es el amor de los padres. Aquí
se lo estamos dando.

—Puede ser —digo yo.

¿O es que, como ahora somos amigos, ya no
me parece tan ruin el Orejotas?

1.¿Quiénes trabajan con el esqueleto?

2.¿Cómo trabajan con el esqueleto? Explica

3.¿Quién los ayuda en este proyecto?

4. ¿Cómo se sienten?